

texto íntegro de
LAS DOS CARAS
original de

ANTONIO CILLERO

PERSONAJES

INÈS

ALBERTO

JULIA

BERNARDO

(Sería interesante hacer un teatro con el escenario también a oscuras, donde las palabras no tuviesen esa especial configuración, esos bordes marcados que, a veces, nos imponen su recuerdo con exactitud, a fin de que la expresión teatral quedase reducida, en cuanto comunicación, a la sugerencia para nuestra intimidad de ese temblor humano que está en el fondo de la relación ajena a que asistimos. Pero esto sería aproximarnos tal vez a un arte de la radio — con las condiciones propias del medio — que la ordinariéz de la rutina ha impedido lograr, salvo raras excepciones literarias, y alejarnos de un arte donde, por su condición de “espectáculo”, la actuación corporal y el gesto deben estar constantes. Por eso, ahora, encendemos la luz.

Además, así, conservando la zona de las butacas a oscuras, todos más tranquilos.)

EL FONDO DE UN CAFE PUEDE SER COMO CUALQUIER LUGAR DE TRABAJO. COMO UNA BARBERIA MAS O MENOS VAPORIZADA. NO YA CON EL HUMO DEL TABACO, SINO CON EL AROMA DE LOS PERFUMADORES, O COMO UNA SALA DE OPERACIONES CON MAS O MENOS ALBURA SIN MICROBIOS EN EL MOBILIARIO Y MENOS O MAS NIQUELADO EN EL UTILLAJE. DE AHI QUE, DE PRONTO, IMPROVISADAMENTE, PODAMOS VERLO CONVERTIDO EN ESA ESPECIE DE SALON DE MAQUILLAJE O, EN EFECTO, BARBERIA PARA CABALLEROS, A EXPENSAS DE LAS TRES MESAS ADOSADAS A LA PARED, CON UN ESPEJO GRANDE, DE CAFE TERTULIANO, AL CENTRO, A LA ALTURA DE LOS ACTUANTES. PAÑOS BLANCOS COMO MANTELES, SOBRE AQUELLAS, Y ENCIMA EL PROFUSO ATREZZO DE TOCADOR, CASI CLINICO, UN TANTO DE CUBERTERIA, TAL LA BACIA, CON REFLEJOS DE SOPERA O FUENTE DE ENSALADILLA METALICA, LA JABONERA, QUE EVOCA EL ALMIREZ O EL AZUCARERO, LOS TARROS Y FRASCOS DE CREMAS Y COLONIAS, QUE TAMBIEN PODRIAN PRESTARSE PARA LA MANTEQUILLA Y LA JALEA, O EL TE Y LA MOSTAZA, Y SER, AL PROPIO TIEMPO, RECEPTACULOS DE DROGAS Y ANESTESIAS, Y EL EJERCITO NIQUELADO DE TENAZAS, TIJERAS, PINZAS, NAVAJAS, PEINES Y CEPILLOS QUE, APARTE DE HABERLOS ABUNDANTES BAJO EL CRISTAL DE LAS URNAS DE LOS CIRUJANOS, TAMBIEN SON ESGRIMIDOS CON FUNCIONAL Y CAUSTICA ACTITUD POR MAITRES Y CAMAREROS EN FORMA DE ESPATULAS, PINZAS, CUCHILLOS Y CUCCHARILLAS Y OTRAS SUPUESTAS FORMAS DE LA PLATA MENESES, EN EL ANTRO DE LAS CAFETERIAS. POR OTRA PARTE, ALGUN INSTRUMENTO ELECTRICO QUE TANTO ASPIRA MIGAS DE UN MANTEL COMO CORTA PELOS DE UN CUELLO, Y, FINALMENTE, EL AMPLIO SILLON, NO TANTO COMO DE DENTISTA, ALGO MAS QUE DE TERRAZA DE CAFE EN PROVINCIAS, DE TAN MATERNAL, CLUECO, E INVITANDO A UN SOPOR DE CONCIENCIA TRANQUILA, SIN BARBITURICOS, Y, COMO SIEMPRE, PROPIO PARA EL TIOVIVO. ASI LA CAJA DE RESONANCIA.

EN EL SILLON, DE ESPALDAS AL PUBLICO, LA NUCA EN LA ALMOHADILLA, ESTA SENTADO ALBERTO. CUANDO SE LEVANTE, OBSERVAREMOS QUE ES HOMBRE TODAVIA EN LA BUENA APARIENCIA DE LA MADUREZ, ATRACTIVO, NO CARENTE DE SIMPATIA INCLUSO, Y CON ESE HALO DE FUERZA SIEMPRE PREVENIDA QUE PARECE SER INGREDIENTE DEL TIPICO BUSINESSMAN. TRAJE OSCURO. Y A SU IZQUIERDA, INES, CON CIERTA APARIENCIA DE PALOMA PERDIDA EN EL MANHATTAN ACTUAL, PERO NO CARENTE DE CAUTELA, HELADA ATRACTIVO, Y CUBIERTA CON UNA BATA QUE PUEDE PARECER UN UNIFORME FEMENINO SIN COQUETERIA, NO TANTO COMO EL OLIENTE OZONO DE LOS SANATORIOS, DONDE SE AUNA EL CARTESIANO PROYECTO DE SU PROFESION CON LA REALIDAD DE SU ATRACTIVO FISICO.

INES.—(Está poniendo a ALBERTO un último paño blanco sobre el pecho) Preferiría que lo atendiese JULIA, pero ya sabe, ha ido otra vez al Juzgado a “evacuar testimonio”, como decían en la citación. (Vuelve hacia él y procede a enjabonarlo). Yo temo no hacerle bien la cara, como le gusta a Vd. Su barba no me es conocida.

ALBERTO.—No se preocupe.

INES.—Es cuestión de principio en nosotras. Somos unas profesionales muy conscientes. Como, sin duda, lo es Vd. con sus asuntos. Estamos convencidas de que nuestro éxito proviene no de que este salón de caballeros esté regido por dos muchachas, lo que ya sabemos que produce inmediatamente en las mentes calenturientas —y esto, ALBERTO, no es una ironía

— la sospecha de que aquí cabe otra cosa, sino de que cada una conocemos, incluso con un análisis previo y apertura de la correspondiente ficha, el terreno, y perdóneme la metáfora, donde hemos de laborar. (Deja de enjabonarlo y pasa a recoger la navaja, con la que se apresta). Estoy segura de que JULIA tiene alguna anotación sobre Vd. y que ella lo atendería mejor, pero ya ve, ha de tener que enfrentarse con el implacable examen de la Justicia. (Procede al rasurado). Lamentable demanda de desahucio (se incorpora, navaja en mano, e ironiza) porque este salón para caballeros oculta, según dicen, otra cosa para caballeros. (Continúa afeitándolo).

ALBERTO.—(Con dolor contenido). Por fa-

vor, INES, creo que me está raspando con esa navaja.

INES.—(*Se incorpora*). Discúlpeme.

ALBERTO.—Vd. sabe que tengo el alma ahí, casi a flor de piel.

INES.—(*Pasa un dedo por la supuesta herida*). Muy bella frase para una canción moderna. (*Le enseña el dedo*). De todos modos no he llegado, afortunadamente, a levantarle la piel.

ALBERTO.—Afortunadamente su mano es suave.

INES.—No obstante, reconozco que le he arañado un poco. (*Continúa el trabajo*). Consecuencia de lo que antes le decía y, naturalmente, también de su urgencia.

JULIA no hubiese cometido este error. Pero tuvo que personarse en ese engorroso asunto. (*Se detiene, lo mira, y después sigue afeitando*). JULIA conoce mejor la colocación de su barba. Fíjese, ahora observo que Vd. tiene aquí atrás, bajo la mandíbula, un pequeño remolino. No estando prevenida lo natural es hacerle daño.

ALBERTO.—(*Se incorpora un tanto*) INES, aunque me haga daño, no se preocupe.

INES.—(*Lo recuesta suavemente*). No deseo que nadie sufra, y con mayor razón, inútilmente.

ALBERTO.—Quizás alguien sufre cada vez que Vd. tiene que “atender” la cara de otro.

INES.—El mundo está evolucionando, ALBERTO, y sería un contraste extraño aplicar a un tiempo materialista una sensibilidad medieval. Los sentimientos, incluso los celos, han de ser algo más hondo. Yo admiro en JULIA...

ALBERTO.—(*Interrumpiéndola*) Conozco, como Vd., el florilegio de perfecciones que es JULIA, pero prefiero oírle hablar de sí misma.

INES.—Discúlpeme. Tengo obsesión con mi compañera. Pero de todos modos yo le aconsejaría a Vd. que meditase sobre lo que puede ser más procedente, en el verdadero fondo de las cosas, para el bien de todos. (*Lo está afeitando acariciadoramente*). Aparte de que estimo que la fuerza, en cualquiera de sus formas, no es el mejor modo de llegar a una solución.

ALBERTO.—¡Ah!, pero ¿Vd. cree en una solución?

INES.—Siempre hay una solución.

ALBERTO.—(*Se incorpora*) ¿Vd. cree en una solución para Vd. y para mí?

INES.—Lo nuestro, si es que entiendo a lo que Vd. se refiere, forma parte de un amplio entramado donde somos muy poca cosa Vd. y yo.

ALBERTO.—Vd. sabe muy bien que eso es el origen de todo.

INES.—(*Vuelve a recostarlo*) El bosque no deja ver los árboles. (*Sigue afeitándolo en la mejilla derecha con la que empezó*). Vd. no ha hecho agradable, ni limpio, este conflicto.

ALBERTO.—(*Como decaído*) Por favor, míreme también como una víctima para la que no ha habido esperanzas.

INES.—(*Deja de afeitarlo. Apoya las manos una en cada brazo del sillón. Un tanto apasionada*). ¿Se atreve Vd., aún, a sentirse la víctima? ¿Se da cuenta de que así produce mayores distancias? Le estoy diciendo que yo confío en una solución, porque espero todavía algo de la piedad posible de no sé quien, del Juez, y hasta de Vd. mismo, pero esta situación me produce miedo porque por Vd. llego a no creer en mí. (*Se separa y se mira las manos, pero hay como una calma en ella. Vuelve a recuperar su serenidad*). Pienso, y discúlpeme su alusión, una vez más en mi compañera, su bondad, su amor por todo y su persistencia siempre sin desmayo para nuestro trabajo y para nuestra felicidad. Vd. la conoce bien. (*Lo mira, detenida en el afeitado*) ¿No le parece... brutal, lo que se está haciendo con nosotras?

ALBERTO.—(*Gira la cabeza hacia INES. Tutelar*). Es Vd. una hermosa niña, INES. (*Ella le tuerce la cabeza y prosigue su cometido*). Y yo pienso en el lío en que estamos, y en que me preocupan Vds. y en que todavía es tiempo de llegar a un acuerdo.

INES.—¡Ah!, pero ¿también Vd. cree en una solución?

ALBERTO.—Siempre hay una solución.

INES.—¿Para todos?

ALBERTO.—Sí empezamos por Vd. y por mí.

INES.—(*Prosigue indiferente su trabajo*) JULIA proyecta hablar particularmente con el Juez. Todavía confiamos en eso que se llama calidad humana de las gentes. Las leyes nacen de unos principios morales y han de aplicarse con el apoyo de la moral. El sabe que si nos desalojan de aquí será nuestra ruina. No será fácil abrir un nuevo establecimiento. (*Un suspiro*). ¡Teníamos tantas ilusiones!... (*Va hacia el utillaje y recoge nuevamente la brocha con la que vuelve a enjabonar la mejilla derecha de ALBERTO*). JULIA había logrado un gran acierto, ahora que Vds. los hombres se ocupan tanto del arreglo personal...

ALBERTO.—Sin menoscabo de nuestros

abuelos.

INES.—Ni de Vds. (*Se detiene y lo mira*).
 ALBERTO: ¿de verdad que Vd. cree que estamos desempeñando una profesión indigna?

ALBERTO.—(*Se incorpora*) No me gusta para la mujer que amo.

INES.—(*Sigue afeitándolo*) Todo esto ha sido subvertido y hasta creo que estamos viendo las cosas como si fuera verdad lo que decimos y como si su proceso estuviera en el orden que le queremos dar. Eso es, una vez más, lo lamentable.

ALBERTO.—No la entiendo, INES.

INES.—Vd. no quiere vernos en la calle porque no le guste este trabajo para la mujer que dice que ama.

ALBERTO.—Vd. si tiene las ideas en orden. Vuelve siempre al punto de partida. Y así rehuye también el acercarse al fuego.

INES.—(*Se incorpora*) Creo que ya está bien de lenguaje figurado. Yo me repaso todas las mañanas la historia de esta situación. Y si bien en un principio consideré que yo le interesaba a Vd., aunque no sé de qué modo, hoy tenemos que vernos las JULIA y yo con una situación difícil, con el peso de muchas críticas, de diversos consejos, de múltiples insinuaciones y del enfrentamiento con Vd. y con el Juzgado. (*Se vuelve, compungida de espaldas a él. El irá incorporándose*) Y cada día lo comprendo a Vd. menos. (*Como irritada*) No me interesa Vd.

ALBERTO.—(*Extiende un brazo hacia ella. Con pesadumbre*) No hay solución.

INES.—(*Se vuelve. Llorosa*) ¡Déjeme en paz! (*Se miran un tiempo. El se fija en las manos de ella*).

ALBERTO.—(*Alarmado*) Se ha cortado Vd.

INES.—(*Se mira las manos, una de las cuales sangra. Se vuelve hacia la mesa, deja la navaja y se limpia*). No ha sido nada. (*ALBERTO vuelve a recostarse lentamente. INES mira como hacia el alto ángulo izquierdo de la sala. Con cierta dureza en la voz*) Siempre hay una solución.

Entra JULIA como desde la calle, como desde nosotros que estamos asistiendo a este acto. Guantes, bolso en mano, zapatos de tacón alto, se envuelve en un elegante abrigo de todo oscuro, próximo a esos matices del violado o grosella, y de marcado talle. Se dirige, con un "buenas tardes" hacia la derecha donde, tras dejar el bolso, procede a quitarse nerviosamente los guantes y a continuación el abrigo, que cuelga en una percha. Un vestido de tela suave,

tintes alegres, próximo al rojo, sin mangas y de amplio escote envuelve a JULIA cuya marenez —ojos, cabellos, pura piel— se contraponen con la evanescencia rubia de INES. Naturalmente maquillada, pintada, la presunción de frialdad que puede hacerse presente viendo a INES, se convierte ante JULIA en un aura de apasionamiento. Pero todo esto, calificativo de su femineidad y de su atractivo distinto, tiene también, como en el caso de su compañera, aquel cariz especial de paloma perdida. En fin, JULIA sale de su pequeño ensimismamiento y se vuelve hacia los otros.

ALBERTO.—(*Jovial*) Hola, JULIA.

INES.—(*Expectativa, preocupada*) ¿Qué ha pasado?

JULIA.—(*Decaida*) No he conseguido nada.

INES.—(*Llega hasta JULIA. Le coge las manos*) Pero, ¿qué te ha dicho?

JULIA.—Pues... eso. Que si la demanda, que si los testimonios, que si hay que seguir el trámite... Es inútil. Esperemos.

INES.—(*Se vuelve hacia ALBERTO, pero no le dice nada. Mira nuevamente a JULIA*) No podemos quedarnos así.

JULIA.—(*Le pasa la mano por el pelo y le alza la mejilla. Procurando infundirle serenidad*) Ten paciencia. No veas en esto una derrota. (*Se acerca por detrás de INES a ALBERTO. Sonriente, apoyando una mano en el brazo del sillón*) ¿Qué le trae por aquí al caballero?

ALBERTO.—(*Que se incorpora un tanto*) Arreglándome un poco, JULIA, en este admirable salón. Por cierto que su compañera tiene pendiente conmigo esta otra mejilla y tengo todo el jabón seco en la cara.

JULIA.—(*Pasando hacia la izquierda donde recoge navaja y demás utensilios para regresar hacia la derecha y disponerse a continuar el trabajo de INES*) Una deficiencia más que el caballero podría agregar a esta casa. ¿Justificaría ello un aceleramiento en el desahucio?

ALBERTO.—(*Echándose como abatido en el sillón*) No ironice, JULIA. Además a Vd. no le sienta.

JULIA.—Supongo que eso es un piropo. (*Mira a INES que ha estado como absorta, mirando hacia nosotros, al tiempo que se desabrochaba lentamente la bata*) ¿Qué te pasa?

INES.—(*Vuelta a la realidad*) Iré yo allá.

JULIA.—¿Cómo?

INES.—(*Deja la bata en la percha. Sobre su corto vestido azul celeste se coloca el abrigo de JULIA, que ha cogido, y pasa a retocarse ante un espejo de la mesa con las barras y lápices de JULIA, sacados de su bolso también*) Veré yo a ese Juez.

JULIA.—(*Detenida ante ella*) Es inútil. INES. Tú no dirás nada que no haya dicho yo, y repetirlo es absurdo.

INES.—No debemos rendirnos porque parezca absurdo, ¿no es eso?

ALBERTO.—(*Un tanto autoritario*) JULIA está dándole un buen consejo, INES.

INES.—(*Decidida*) Yo lo intentaré también. Es buena la experiencia de la súplica.

JULIA.—(*Tratando de convencerla*). El te atenderá a todo lo que tú le digas, INÉS. Pacientemente, impasiblemente. Pero al final te dirá que el asunto no está fácil, y que él por ahora no puede hacer otra cosa que seguir las actuaciones.

INES.—Ya me has dicho lo que quiere decir todo eso.

JULIA.—Y sólo tenemos a favor nuestras declaraciones.

INES. (*En pie, frente a ella, con ternura*) Es inútil, amor. (*Ya tiene el abrigo puesto y el bolso en la mano*). Préstame tus zapatos, que están un poco más limpios que los míos. (*Se cambian de zapatos*).

JULIA *deja la brocha y pasa lentamente a ponerse la bata que dejó* INES) Y ya sabes: quiero cumplir como tú el ritual completo. (*Se acerca a ALBERTO*) Buenas tardes, caballero.

ALBERTO.—(*Como impotente*) Adiós, INES.

JULIA.—(*Que se ha quedado viéndola marchar*) Ella ya sabe, como yo lo sabía, que no es ese el camino. (*Vuelve a ALBERTO y le enjabona rápidamente, con mucha habilidad, la mejilla derecha*) Y Vd. tam-

bién lo sabe. (*Lo mira cálidamente*) El Juez era un buen señor. Un hombre bajito, con una barbita blanca, y voz opaca, sin apenas frases. Pero, ¿para qué le voy a decir nada a Vd.? Con su abogado en la mano no necesita conocer al Juez. (*Pasa a asentar rápidamente la navaja*) ¿Conforme?

ALBERTO.—(*Con entonación cordial*) Quisiera, JULIA, que tuviese Vd. presente, y lo llevase al convencimiento de INES, que yo lamento mucho esta situación.

JULIA.—¿Por qué habla así?

ALBERTO.—¿Qué quiere decir?

JULIA.—Digo que por qué habla así. (*Se vuelve hacia él aparentando serenidad*) Me refiero a ese tono y a esas palabras de buenos sentimientos, paternales, y hasta con cierto carácter de participación en los pesares. Dígame, ALBERTO, ¿por qué?

ALBERTO.—Me duele el conflicto a que hemos llegado.

JULIA.—(*Se acerca a él*) No utilice conmigo ese juego. Tal vez pueda Vd. creer que es capaz de convencer a INES, con las inflexiones cálidas de su voz y sus palabras de novela romántica, pero sabe Vd. que a mí me gusta poner las cartas boca arriba. (*Con un pase largo de la navaja le afeita todo el lado de la mejilla*) ¿No es cierto?

ALBERTO.—(*Alarmado por el trabajo de JULIA*) ¿Qué me ha hecho Vd?

JULIA.—(*Le pasa un dedo por la mejilla, hacia arriba*) ¿Le duele?

ALBERTO.—(*Mirando el dedo de JULIA, limpio*) Pues... no.

JULIA.—Naturalmente.

ALBERTO.—(*Tranquilizado*). Veo su experiencia, JULIA. Sabe Vd. lo que hace. Es más, es Vd. maravillosa. Pero considero que INES y Vd. son merecedoras de mejor destino. Insisto en que no me gusta este negocio para Vds. Ya se lo he dicho muchas veces.

JULIA.—(*Que le había cogido la cara, se detiene*) Y en vista de ello es nuestro principal enemigo.

ALBERTO.—Tal vez en lo inmediato, y si Vd. lo ve así, pues así será. Sé que los acontecimientos nos han llevado a esto.

JULIA.—(*Un tanto como suplicante*) ALBERTO. ¿Qué es lo que pretende Vd?

ALBERTO.—¿Recuerda cuando nos conocimos?

JULIA.—Sí. Lo recuerdo muy bien.

ALBERTO.—Eramos los tres como hermanos.

JULIA.—(*Vuelve a tomarle la mejilla y a darle una larga pasada con la navaja*). Sí. No podía durar.

ALBERTO.—Yo tenía una gran admiración por Vd., JULIA. Siempre creí que llegaría a ser una famosa dictadora de la moda.

Eso era lo suyo. Y todavía podría serlo.

JULIA.—(*Conteniendo otra emoción*). Creo que sí.

ALBERTO.—(*Con entusiasmo*). Hay muchos hombres que la admiran. Y Vd. sabe hacerlos sufrir.

JULIA.—También el león admira al domador. Pero le gustaría comérselo. Nunca estuvo eso en mis proyectos.

ALBERTO.—¿El qué?

JULIA.—El ser comida por el león.

ALBERTO.—(*Se incorpora como decidido a algo, apoyándose en un brazo del sillón*). Aún podemos llegar a un acuerdo.

JULIA.—(*Lo mira fijamente. Dulcemente*). ¿Algo así como pretender tenernos en un puño?

ALBERTO.—No es eso, JULIA.

JULIA.—(*Lo recuesta suavemente, amorosamente*) Me gustaría que esta sala, y esta butaca, y esta bata, y estos paños blancos, y esta navaja, se transformasen en algo, y nos transformasen a nosotros en parte, de modo que este momento se convirtiese en otro muy similar. Concretamente, en ese acto importante de las salas de operaciones donde ahora me estaría permitido hacer una investigación a fondo de sus entrañas. (*Mira al techo y respira profundamente*) No, no se asuste. No estamos en esa situación.

ALBERTO.—Afortunadamente.

JULIA.—(*Se aparta de él, va a humedecerse las manos, se las seca y volverá a afeitarlo*). Estoy convencida de que nada iba a encontrar, ni en su cuerpo, ni en su alma —ya que en esta investigación clínica lo fundamental sería su alma— sino un hondo e inmenso vacío oscuro, totalmente imposible a la claridad. Pero sí quisiera averiguar lo que hay en proyecto, tras esa apariencia de angel tutelar, tan bello, por malvado, como Luzbel, que juega con aquel ALBERTO que un día conocimos, maravilloso en nuestras excursiones campestres, y terriblemente duro cuando por primera vez, meses más tarde, entró por esa puer'a y se recostó conteniendo su ira en ese sillón. (*Está en pie ante él, y sus últimas palabras están marcadas por el amago de un sollozo*) ¿Qué intención, al menos, le ha movido a producir esta situación?

ALBERTO.—(*Evocando*) Ha hablado Vd. de hermosos tiempos en que nadie tenía intenciones y todo era mejor.

JULIA.—Cierto. Pero nosotras necesitábamos vivir, y meditábamos sobre los diversos trabajos a que podíamos dedicarnos, y Vd. amablemente nos ofreció este local. También había una especial ternura, casi amor, en Vd. por aquel tiempo. Y al fin nosotras optamos por abrir este establecimiento donde podíamos enfrentarnos juntas con la vida, y todo era una felicidad. Hasta que un buen día apareció Vd. con su aspecto de haberse quitado la piel de cordero.

ALBERTO.—(*Con cierta brusquedad*) No me gusta este negocio, JULIA. No me gustó nunca. Lo sabe Vd. bien.

JULIA.—(*Expectativa*) ¿Cree Vd. que hay algo sucio en él?

ALBERTO. No. No hay nada sucio.

JULIA.—Pero Vd. se apoya en unos testimonios sucios para echarnos de aquí.

ALBERTO.—Eso es sólo un procedimiento. Es público y notorio. Por otra parte estoy dispuesto a recompensarlas. Siempre estaré dispuesto a ayudarlas en todo lo

que sea.

JULIA.—(*Despectiva*) Habla Vd. como un ruín mercader.

ALBERTO.—(*Se abandona en la butaca*) Considere, al menos, mi paciencia, mi ansia siempre de un entendimiento y mi afecto especial por Vd., JULIA.

JULIA.—Por favor: diga mejor su corazón de hielo.

ALBERTO.—¿Lo cree así?

JULIA.—(*Desgarradamente*) Hoy sí.

ALBERTO.—(*Se vuelve hacia ella y la mira al rostro fijamente*) ¿No recuerda que en algún tiempo hubo entre nosotros, entre Vd. y yo, algo que no respondía a lo que está diciendo?

JULIA.—(*Le da la espalda*) Por favor, no hablemos de eso.

ALBERTO.—Concédame, para aquel tiempo, un poco de humanidad.

JULIA.—(*Conteniéndose*) No sea Vd. cínico.

ALBERTO.—Interpretó Vd. mal nuestra situación, JULIA.

JULIA.—(*Se vuelve y lo mira*) Vd. amaba, o pretendía hacerle creer que la amaba, a INES.

ALBERTO.—(*Con un gesto de impotencia en los brazos*) Es imposible hablar. Me anada.

JULIA.—(*Acercándose a él. Sobre él*). Entonces... cuando surgió nuestro enfado, ¿de verdad que Vd. me quería?

ALBERTO.—Sí.

JULIA.—¿Y antes?

ALBERTO.—Sí. Antes también.

JULIA.—(*Tras una indecisión*) Pero... entonces... ¿por qué le hacía el amor a mi hermana?

ALBERTO.—(*Se vuelve hacia el otro lado*) No sé. Empezó siendo como una evasión. Ella me la recordaba a Vd.

JULIA.—(*Hace como si se retirara el pelo de la frente con el antebrazo. Recuesta a ALBERTO. Le coloca el paño en torno al cuello*) Y, en consecuencia, ¿cuál es la situación ahora?

ALBERTO.—No sé. Frente al temperamento suyo, ¡admiro tanto esa sensibilidad de INES! Y, al propio tiempo, ¡tengo tan-

ta nostalgia de Vd.! (*Con el brazo derecho, como suplicante*) Créalo, JULIA, sería maravilloso para mí poder recuperarla.

JULIA.—(*Comienza suavemente hasta apasionarse al final*) Alberto, sigo sin comprenderlo. Tal vez, en el fondo de todo podría sacar la conclusión de que es Vd. un personaje perverso y voraz difícilmente imaginable. Y, sin embargo, porque también recuerdo los primeros tiempos en que nos conocimos, y porque a veces, analizando independientemente un trozo de su vida o de su comportamiento, éstos tienen un aspecto completamente normal, por momentos me parece posible recuperar la esperanza. (*Se desplaza por el salón, como vagando ensimismada*). Yo lo quería a Vd., lo quería como no se lo imaginaba. Sé que siempre hubo una extraña distancia entre nosotros, entre mi hermana y yo para con Vd., pero yo lo quería y pensaba que todo podía salvarse. Sí, creo que incluso ahora puede ser amado, y que yo, como mi hermana también, podría amarlo. Tal vez en el fondo de mí misma lo esté amando. (*Alberto se ha ido incorporando y están uno frente al otro, mirándose*). Pero han pasado demasiadas cosas en este tiempo, una larga historia se ha sucedido. (*Se aleja de él*) Sería preciso olvidar, y destruir y olvidar, y destruir y limpiar y olvidar, para llegar a ello. Sería preciso aniquilarse una misma, aniquilarlo todo alrededor, aniquilarlo a Vd., y olvidarse hasta del propio nombre, para volver a empezar de nuevo, exenta y pura. (*Se detiene a distancia de Alberto y lo mira*). Sería preciso que desapareciera Vd., para, como esas ancianas que miran la vieja fotografía amarilla, poder amarlo. (*Se le acerca*). Es inútil.

ALBERTO.—¿De verdad que cree Vd. eso?

JULIA.—Exactamente.

ALBERTO.—¿Y si yo le hiciera una proposición?

JULIA.—(*Se acerca a él*) ¿Por ejemplo?

ALBERTO.—Creo que toda esta opinión que

tienen Vds. de mí cambiaría con una oferta formal. ¿Matrimonio?

JULIA.—(*Tristemente*) Todo esto precisaría otro proceso histórico.

ALBERTO.—(*Seriamente*) Hablo en serio.

JULIA.—(*Con firmeza*). Todo esto es algo más hondo.

ALBERTO.—(*Se recuesta nuevamente*) No hay solución.

JULIA.—(*Le toma la cara y con tres pasadas da por terminado el afeitado*). Le daré un poco de masaje. (*Se vuelve, se prepara las manos con masaje y se lo aplica a la cara. A continuación le coloca una toalla caliente cubriéndole el rostro*) Siempre hay una solución.

Entra INÉS apresuradamente, con gesto preocupado. Se dirige hacia la derecha donde deja las cosas que había tomado de JULIA, excepto los zapatos. Pasa hacia la izquierda, donde recoge otra bata que comienza a ponerse. JULIA ha estado observándola.

JULIA.—¿Qué ha ocurrido?

INÉS.—Se había marchado. Hablé con el secretario. Dijo que él no sabía nada. Cierro que, por lo menos, me dijo que había que confiar.

JULIA.—(*Yendo hasta la puerta del foro, por donde va a salir*) Ven.

Salen JULIA e INÉS. Por un momento permanece ALBERTO con la cara cubierta por la toalla, como con una mascarilla. De pronto, desde la supuesta calle que está tras nosotros, entra BERNARDO. Cartera en mano, traje a cuadros claros, de corte deportivo, propio para la juventud, comporta la personalidad del típico secretario para todo, ya para despedir a un empleado, presentar una queja o conseguir un rincón íntimo para una pareja en cualquier restaurante de las afueras. Oficioso, naturalmente, en principio permanece como extrañado, indeciso, pero inmediatamente se dirige a AL-

BERTO y con dos dedos retira la toalla caliente de su cara.

ALBERTO.—(*Se incorpora*) ¿Qué hay? (*Mira a un lado y otro*). Me han dejado solo. (*Se limpia la cara con el paño y se incorpora. Pasa a situarse frente a nosotros, con BERNARDO a la izquierda*). ¿Alguna novedad?

BERNARDO.—(*Diligente*) Ningún problema. Los testimonios y pruebas de las chicas no tienen fuerza alguna. En cualquier momento puede producirse el fallo.

ALBERTO.—(*Meditativo*). De acuerdo.

BERNARDO.—Ahora queda vista para sentencia. Una vez dictada se les señala un plazo para desalojar y si no lo hacen se procede ejecutivamente.

ALBERTO.—(*Sigue como pensando en otra cosa*) Bien. (*Coge un cepillo y se cepilla él mismo. BERNARDO se lo quita de las manos y procede a cepillarlo él*) BERNARDO.

BERNARDO.—Dígame.

ALBERTO.—La ejecución, el desalojarlas del local, ¿puede aplazarse?

BERNARDO.—Creo que podemos concederles alguna prórroga para ello. E incluso una cesión temporal, por un tiempo, en precario...

ALBERTO.—De acuerdo. (*Mira a un lado y a otro*). Bueno, parece que las niñas no van a salir. (*Le pone una mano en el hombro a BERNARDO*) En fin, BERNARDO, lo nuestro es persistir hasta el dominio final. Eso forma parte del programa (*Le hace un gesto para salir*) Vamos. (*Sonríen*).

Salen ambos. Ha asomado a la puerta INÉS. Parece como si hubiera escuchado las últimas palabras. Avanza hacia el centro y detrás JULIA. Recogen los utensilios de trabajo.

INÉS.—Después de todo esto me gustaría confirmar una cosa. ¿cuáles son tus sentimientos para con él?

JULIA.—(*Solemnemente*) Un vacío total.

INÉS.—(*La mira fijamente*) Por mi parte,

lo mismo. *(Le coge una mano)* ¿qué solución ves ahora?

JULIA.—Esperar. Aunque sea a que nos echen de aquí.

INÉS.—¿Y después?

JULIA.—Veremos lo que se hace. Volveremos a partir de cero, y seguiremos luchando.

INÉS.—*(Con cierta alegría)* Entonces, creo que estamos en buenas condiciones para otra determinación.

JULIA.—*(Le coge ambas manos)* Vamos a hacer una cosa: vamos a procurar que vuelva a hacernos una propuesta y a la primera a quien le hable de matrimonio esa tendrá que casarse con él.

JULIA.—*(Con cierto horror)* ¿Cómo?

INÉS.—Sí. Vamos a aceptar. Ese será el camino. Muy divertido, ya lo verás.

JULIA.—*(Se suelta. Sonriente)* Estoy pensando que tienes razón. Es una forma muy interesante de evolucionar.

INÉS.—Tal vez sea lo que él desea.

JULIA.—Tal vez. *(Pasa hacia la otra parte del sillón. Están una a cada lado. Lo hace girar fuertemente, como un tiovivo)* Va a ser muy divertido.

INÉS.—*(Detiene el sillón. Lo hace girar al al otro lado).* Y va a ser lo que queramos, al final.

Ambas avanzan juntamente hacia nosotros, como hacia la puerta del establecimiento, miran como hacia lo lejos y llaman alegremente.

INES y JULIA.—¡Alberto! ¡Alberto!...

Y no cae el telón.

